

*Julián Marías*  
 “Verdad y concordia”

“Tratado sobre la convivencia”  
 MARTÍNEZ ROCA (2000)

**L**A verdad os hará libres”. Cada vez me parece más evidente esta promesa evangélica: la verdad la condición misma de la libertad, porque el error —no digamos la falsedad— conduce inevitablemente a la servidumbre. Una gran parte de los males de este mundo, aquellos que son en principio evitables, porque dependen de las conductas humanas y no de la estructura de la realidad, proceden de las malas relaciones con la verdad, que pueden llegar a la aversión hacia ella, a que sea considerada como el enemigo que hay que evitar o destruir. La falta de claridad sobre esto hace que no se entienda gran parte de lo que ha sucedido a lo largo de la historia y sigue aconteciendo en la actualidad.

No solo la libertad es consecuencia de la verdad, de su descubrimiento y aceptación. Lo es igualmente la concordia. Conviene no confundirla con la unanimidad, ni siquiera con el acuer-

do. La diversidad de lo humano, la índole conflictiva, excluye la homogeneidad, la unanimidad, que siempre es impuesta, precisamente a costa de la verdad, de su desconocimiento o falsificación. El desacuerdo es muchas veces inevitable. Pero se puede confundirlo con la discordia.

Esta es la negación de la convivencia, la decisión de no vivir juntos los que discrepan en ciertos puntos, en algunas cuestiones en que el acuerdo no parece posible. Las diferencias no pueden llevar al olvido de los elementos comunes, en los que se funda precisamente la posibilidad de la convivencia. Y esta palabra española me parece preciosa: en muchas lenguas no existe, y la sustituye la voz “coexistencia” que es cosa muy distinta.

Coexiste todo lo que existe juntamente y a la vez. Las cosas coexisten, y el hombre con ellas; convivir es vivir juntos, y se refiere a las personas como ta-

les. Es decir, con sus diferencias, con sus discrepancias, con sus conflictos, con sus luchas dentro de la convivencia, de esa operación que consiste en vivir juntos.

Esto es precisamente la concordia, cuya condición es el escrupuloso respeto de lo que es verdad, es decir, de la estructura de la realidad. Lo cual excluye la homogeneidad, la unanimidad, que rara vez existe; y otro tanto el desconocimiento de los factores comunes, desde la condición humana hasta la contemporaneidad, es decir, la pertenencia a un mundo que, si no es uno, está en presencia y dentro de un sistema de relaciones mutuas; y por supuesto, todas las unidades, históricas, sociales, culturales, no menos reales que la diversidad y las diferencias.

Vivir, para el hombre, no es una empresa demasiado fácil. No tiene más remedio que acertar; su vida es permanente inseguridad; no tiene un eficaz sistema de instintos que orienten y regulen su conducta; tiene proyectos, y hay que decir si son o no realizables, y si son conciliables con los demás hombres. Por eso el error, tan infrecuente en la vida animal, es la amenaza constante de la humana. Por eso el hombre no tiene más remedio que pensar, usar *la razón*, que no siempre posee en grado necesario, sino que —y esto es lo decisivo— necesita, sin la cual no puede vivir humanamente.

Si se tiende la mirada por el mundo actual, se ve que está lleno de conflictos, con frecuencia atroces, que se intenta evitar sin pensar primero en sus cau-

sas, sin intentar ver en qué consisten. Se intentan diversas terapéuticas sin preocuparse del diagnóstico.

Ha sido frecuente en la historia la imposición de las vigencias mayoritarias, la opresión de los *discrepantes*, el no reconocerlos y respetar sus diferencias, la posibilidad de convivir con ellos. Algunos restos de esta actitud perduran en nuestro tiempo, pero está siendo sustituida por otra, que en cierto modo la invierte: *son los discrepantes los que intentan imponerse*, y esto en dos formas o grados. En algunos casos, mediante la ruptura de la convivencia, es decir, negándose a convivir como porciones de unidades superiores y con diversidad. En otro, de forma más extremada, pretenden imponer su variedad particular a esas unidades —acaso al mundo entero—, con riesgo de su destrucción y ruina, con el máximo desprecio de lo que es la realidad efectiva, y por tanto de la verdad.

Lo que suele llamarse “integrismo” o “fundamentalismo” es el ejemplo actual de esta actitud. Es la inversión de la forma tradicional de abuso: no el de las mayorías, sino el de las minorías. A la injusticia y a la violencia se añade la inverosimilitud; no solo la falta de razón, sino la inversión de la racionalidad. Es la versión más extremada de tomar la parte por el todo.

Por eso es difícil comprender estos fenómenos, que brotan y proliferan en diversas porciones del mundo. Esto plantea un problema intelectual de gran magnitud, al que se presta muy

poca atención. ¿Cómo es posible? La tendencia a imponer la uniformidad, a considerar que lo valioso es lo que es compartido por casi todos, la “sorpresa” negativa, y que puede ser hostil, al que rompe la unidad y la coherencia, es algo que significa una violencia ejercida sobre lo real, pero es inteligible, aunque reprobable. El discrepante produce una evidente, “incomodidad”, obliga a revisar la posición propia, a realizar ajustes con otras visiones del mundo, en suma, complica las cosas. Pero el que se llegue a una situación en que acontece al revés, en que se pretenda extender una interpretación marginal y fragmentaria a un amplio conjunto, en casos extremos a todo el mundo, rebasa los límites de la comprensión normal.

Siempre recuerdo aquel mirífico título de un capítulo del curioso libro del P. Antonio Fuente la Peña, *El ente dilucidado*, que se publicó hacia 1690 y compré hace muchos años, “Si los monstruos son ellos o somos nosotros”. La perplejidad del buen fraile me invade muchas veces, y no a propósito de los duendes, asunto principal del libro, sino de muchos contemporáneos. El grado de fanatización que esos fenómenos suponen no se explica muy bien, y tengo la impresión de que apenas se intenta. Su origen es probablemente el de espacios confinados, caracterizados por “ritos de iniciación” que obturan la visión de lo real y la sustituyen por alguna fantasmagoría. Pero falta por entender cómo se consigue la extraordinaria difusión que esos fenómenos tienen, más allá de los límites estrechos de una secta.

Creo que la clave está en el increíble poder que en esta época han conseguido los medios de comunicación, que permiten la proliferación masiva de lo que se ha engendrado en oscuros espacios maniáticos. Pero aun así falta por comprender la estructura psíquica —mejor diríamos antropológica— que permite la entrada y el arraigo de esas extrañas formas de instalación vital.

Algo más inteligible es la forma que se puede llamar atenuada de esa “imposición de la discrepancia”, aquella que no consiste especialmente en “proselitismo” y pretensión de universalidad, sino que se reduce a la “disidencia”, a la ruptura de las unidades superiores y más complejas. Es el caso de lo que se llama “nacionalismo”, que tuvo una aparición en Europa a comienzos del siglo XIX y ha tenido rebrotes en nuestro tiempo, y en continentes en que no ha existido propiamente la estructura nacional de las sociedades.

Con diversos motivos —o pretextos—, que pueden ser las diferentes reales, históricos, religiosas, lingüísticas, que son conciliables con la convivencia y han sido normales en casi todo el mundo, o bien con fundamento en algo tan problemático y discutible como la diversidad étnica, se rompen las unidades amplias, aunque tengan una realidad muy superior a la de sus componentes, y se subraya lo diferencial, desdeñando lo común, que puede ser de magnitud y alcance incomparable.

La forma más aguda, grave e irracional es el estado de fragmentación étnica de África, lo que podríamos llamar la

sustantivación de las tribus, que alcanza límites incalculables de ferocidad, destrucción y absurdo. En un grado menor, pero que puede llegar a extremos comparables, se da este fenómeno en sociedades europeas, de larga historia y que han sido capaces de considerables refinamientos, de lo que en otros tiempos se llamaba “civilización”. La realidad presente de lo que fue hasta hace poco Yugoslavia —uno de los resultados de la desmembración de uno de los logros más admirables de la política y la sociología, a pesar de sus evidentes defectos, el imperio Austro-Húngaro— es un ejemplo aterrador de hasta dónde puede llegar eso que se llama nacionalismo.

Su punto de partida es la fascinación por esa forma particular de sociedad y de estructura estatal que se llama “nación”. Se da por supuesto que es lo “superior”, y en consecuencia se aspira a ello. No importa el hecho notorio de que un gran número de las formas más ilustres de convivencia no han sido naciones. Ni las ciudades griegas, de tan maravillosa memoria, ni la Hela-de en su conjunto, ni Roma —ni la *urbs* ni el Imperio—, ni el califato de Oriente, ni el de Córdoba, ni ningún reino o principado medieval en Europa, ni el Sacro Imperio Romano Germánico, han sido naciones.

En el sentido moderno de la palabra —no en el sentido medieval, unido al “nacimiento”, y que se conserva hasta la expresión “tonto de nación”— no ha habido naciones hasta fines del siglo XV, en primer lugar España y Portugal, algo después Francia e Inglaterra, lue-

go las demás que llegaron a ser naciones, y que no han sido nunca todas las porciones de Europa. El uso de esta palabra se extendió, con bastante impropiedad, a América, y luego a todo “estado”, supuestamente independiente, y así se habla de Naciones Unidas.

El nacionalismo es la hipertrofia de la condición nacional, principalmente por las naciones más tardías, recientes y de breve historia como tales —así Italia y Alemania, que llegaron a serlo hacia 1870—, y más aún por las unidades de convivencia que no han sido nunca naciones, sino partes de las verdaderas (o de conjuntos más amplios y de carácter no propiamente nacional, como el mencionado Imperio Austriaco, o Austro-Húngaro, o esa inmensa potencia colonial que ha sido Rusia, y durante medio siglo la Unión Soviética).

Cuando se habla de “naciones” en la Edad Media, se renuncia a entender. No han existido en ninguna parte de Europa, menos aún fuera de ella. En España no lo fueron ni siquiera las dos mayores comunidades, los reinos de Castilla y Aragón —no digamos sus partes integrantes, unidas en ellos por dos series de incorporaciones—. Otro tanto se podría aplicar al resto de Europa, fuera de la Península Ibérica. ¿Cuál ha sido el estímulo más frecuente de esa deformación de realidad que es el nacionalismo? Las diferencias son considerables, según los lugares y épocas. El factor casi constante es el *descontento*. Pero hay que preguntarse de qué. La habitual persistencia de ese sentimiento sugiere que no se trate de la *situación* sino de la *condición*.

La situación se refiere a “cómo le va” a alguien, individual o colectivo; la condición, a lo que “es”. Se puede estar descontento de la situación en algún momento de la vida o fase de la historia; pero ¿siempre? ¿Hay alguna situación que abarque toda la vida de una persona, o la historia entera de una sociedad?

Si se trata de la condición, de lo que se es, la cosa es más grave. ¿No indica alguna deficiencia o anomalía constitutiva? No es probable. Hay comunidades que se consideran “oprimidas” desde siempre. No es verosímil; una sociedad, a veces una nación entera, puede padecer una etapa transitoria de opresión; grandes porciones de Europa la han padecido, en algunos casos durante decenios; pero ¿siempre? Si así fuera, habría que pensar en alguna inferioridad, lo que, dada la condición libre del hombre, resulta inverosímil.

Hay que pensar, más bien, en un error, en una interpretación falsa de la realidad propia y de sus relaciones con otras o con los conjuntos a que se pertenece. Casi siempre, esa desvirtuación de la realidad, que engendra el descontento y el malestar, es decir, la falta de verdadera *instalación*, y con ello el desasosiego, es algo inventado por algunos, de origen *individual*, contagiado a otros y que finalmente arraiga, se convierte en la interpretación vigente, difícilísima de superar.

Este es el origen de la inmensa mayoría de las *discordias* que afectan a nuestro planeta. Los hombres han luchado entre sí desde que el mundo es mundo, casi siempre con gran torpeza, frecuentemente con gran violencia y crueldad. Pero no se trataba propiamente de discordias, sino de ambiciones, intereses, afán de predominio. Las guerras entre naciones eran conciliables con la admiración mutua; las luchas en su interior eran conflictos entre partes que no se excluían.

Ha sido menester llegar a tiempos cercanos para que aparezcan los fenómenos de distorsión de la realidad que estoy mencionando. Los quebramientos de la concordia —que es de lo que se trata— tienen dos condiciones: una de ellas, la actitud *totalitaria*, la idea de que todo es políticamente relevante; la otra, el incremento del poder de los medios de comunicación, lo que hace posible que los virus “prendan” y se extiendan a grandes porciones de una sociedad, o al conjunto de ella.

Se trata, pues, de lo que acontece a la verdad; cuando se la desconoce o se la niega, no solo se pierde la libertad y se es siervo de la falsedad, sino que ello acarrea la destrucción de la concordia, de la capacidad de convivir conservando todas las diferencias, las discrepancias ocasionales; en suma, el conjunto de las diversas y verdaderas libertades.

